

tria, no rechazó el asesinato de Waldstein y de otros muertos célebres. Luis XIV, un hombre honrado, acordó por razones de Estado la proscripción de seiscientos mil franceses. ¿Quién llenó todas las Bastillas bajo Luis XV, quién las conservó llenas durante sesenta años (en tiempos de paz), quién, sino la razón de Estado?

¿Cuánto más debió absorber á Luis XVI este principio en aquella terrible crisis de falsas murmuraciones, donde la mentira se profesaba habitualmente, cuando se hizo un llamamiento al extranjero?

Pero el mismo principio se volvió contra su maestro, repitiendo despiadadamente los argumentos monárquicos para demostrar que la razón de Estado exigía la muerte del rey.

La Revolución, que se trocó en reina, entró en las Tullerías, encontró este viejo mueble y lo empleó inmediatamente arrojándolo á la cabeza de los reyes que lo habían utilizado.

El rey, á decir verdad, era menos culpable que la realeza. Esta hacía de los soberanos una clase de seres aparte, que no se aliaban más que entre sí, constituyendo una sola familia todos los reyes de Europa. Todos se convirtieron en parientes y encontraban demasiado natural ayudarse mutuamente contra los pueblos. El rey de Francia, por ejemplo, más próximo pariente de España que ningún otro francés (más que el mismo Orleans, más que los Condé) llamó sin escrúpulo á sus primos contra la Francia.

A medida que la idea de las nacionalidades se fortificaba, se precisaba, siendo sagrada para los hombres, los reyes, no siendo más que una misma raza, una misma sangre, formando una sola familia aparte de la humanidad perdían enteramente de vista la noción de la patria. Marchaban así al revés de la corriente general de la humanidad; puede decirse sin reparos el juicio apasionado de Gregorio: hablando, si, francamente sin acusación personal alguna, calificando á los más honrados como á los más desleales, *los reyes se vuelven monstruos*.

La originalidad del mundo moderno, es que, conservándose, aumenta la solidaridad de los pueblos y fortifica por lo tanto el carácter de cada uno, precisa su nacionalidad, hasta que cada pueblo obtiene su unidad absoluta, aparece como una persona, *un alma* consagrada ante Dios.

La idea de la patria francesa, obscura en el siglo X, y como perdida entre la generalidad católica, va apareciendo, estalla en la guerra de los ingleses y se transfigura en la Pucelle. Se oscurece nuevamente en las guerras de la religión del siglo XVI; hay católicos, hay protestantes. ¿Quedan todavía franceses? Sí; las brumas se disipan; hay y habrá una Francia; la nacionalidad se señala con fuerza irresistible; la nación no es ya una colección de seres diversos, sino un ser organizado, aun más, un ser moral, revélase un admirable misterio: *la gran alma de la Francia*.

La persona es cosa santa. A medida que una nación toma el carác-

ter de una persona y se convierte en alma su inviolabilidad aumenta en proporción. El crimen de violar la personalidad de la nación se convierte en el más grande de los crímenes.

Es esto lo que no comprendieron jamás los príncipes, ni los grandes señores, aliados como los reyes con familias extranjeras. Se sabe con que ligereza los Neumurs, los Borbones, los Guisas y los Condé, los Biron, los Montmorency, los Turenne arrojaron al enemigo en Francia. Las lecciones más severas no les hicieron comprender el derecho. Luis XI trabaja; Richelieu trabaja en este sentido también, y la historia, dócil esclava de señores que la pagan, ha escarnecido la memoria de estos preceptores de la aristocracia... ¿Y sin estos, por lo tanto, como hubierais comprendido lo que todo el pueblo sentía? ¿Cómo rudas cabezas feudales pudieran convertirse en ciudadanos, en franceses?

Hacía ya doscientos años que la Pucelle había dicho: «El corazón se me parte de ver correr la sangre de un francés.» Y este sentimiento nacional tan poco desarrollado entre la aristocracia francesa, que cuando Richelieu puso á la muerte á un Montmerency, aliado de los españoles, empuñó las armas y derramando sin escrúpulo la sangre de la guerra civil, fué para la nobleza motivo de escándalo y asombro.

¿Las naciones no tienen, pues, su inviolabilidad? ¿La Francia no es como una persona, como un ser viviente, una vida consagrada y garantizada con las penalidades del derecho? ¿Es, al contrario, un objeto cualquiera contra el cual todo se permite?

Matar á un hombre es un crimen. ¿Qué será matar una nación? ¿Cómo se calificará este atentado?—Y bien: hay sin embargo, algo peor que matarla y es envilecerla, entregarla á los ultrajes del extranjero, hacerla violar, arrancarle el honor.

Hay para una nación, como para la mujer, algo que defender ó, al contrario, morir.

No hace falta para esto consultar á los sabios, ni los libros de derecho público. Los libros son nuestras provincias assoladas por el extranjero. Estas ya no se restablecen más. La Provenza en muchas partes es hoy un desierto por la traición, hace trescientos años, de los Borbones. Las provincias conocen esto perfectamente, sobre todo en las campiñas del Este, que tanto sufrieron después de 1815 por la invasión del extranjero. Si el egoísmo de las capitales ha podido olvidarlo, los campesinos no olvidan nunca el día en que les incendiaron la hacienda y les mataron la bestia...

¡Anatema á quienes nos han puesto en semejante caso, abriendo las puertas al cosaco; que en la casa de Francia desarmada, entre la madre que llora y la joven que tiembla, ayudaron al bárbaro rey!

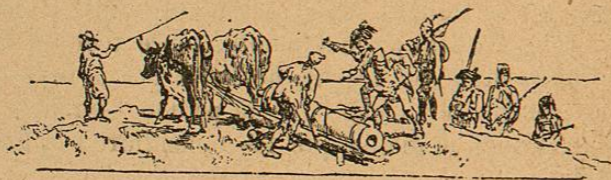
Los que de cerca ó de lejos provocaron estos acontecimientos serán eternamente responsables. Este crimen es para el único que no puede haber clemencia.

Muchos realistas leales, los que en 1813, siguieron á ojos cerrados

su legítima impaciencia por destruir el juego imperial insoportable, han sido duramente castigados; entre tan triste suceso, ni siquiera les quedó el consuelo de absolverse á sí mismos de haber abierto las puertas (al menos indirectamente) al extranjero. Yo tengo una prueba que debo mencionar aquí. Esto me ha hecho experimentar que, si la ilusión, el instinto mismo de la libertad han conducido muchas veces á los hombres á violar la patria, es inmenso también el remordimiento, la inquietud que sienten por los juicios del porvenir.

En el momento en que publiqué el principio de la *Historia de Francia*, ví llegar hasta mí un hombre de respetable edad, de venerable aspecto, uno de los más fieles realistas, Mr. Lainé.—Vino para una consulta que quería hacer en los Archivos sobre una comuna que pretendía desahuciar á no sé que personaje: proceso desgraciadamente muy común entonces y después.

Esta cuestión hizo que nos aproximásemos, y á pesar de la distancia de nuestras opiniones generales, Mr. Lainé me habló de mi *Historia* y me excitó á que la continuara: «Ya llegaréis, me dijo, al 1815; no olvidéis de que si nos hemos decidido á izar bandera blanca en Burdeos es porque muchos hablaban de que los ingleses iban á ocupar la población y á enarbolar la bandera roja.» Mr. Lainé, enfermo entonces, débil y jadeante, alto, seco, (parecía un fantasma) habló de este triste suceso con una fuerza, con tanto calor que me sorprendió y me conmovió; sentí el aguijón profundo que mortificaba su alma y respeté en él, no solo sus años y su talento, sino su carácter, su moralidad y sus remordimientos.



CAPITULO II

Aparente desorganización de la Francia (Octubre-Diciembre 92)

Por qué parecía necesario el proceso.—Agitación de los campos y cambio general en la propiedad.—Ningún acontecimiento impide la venta de los bienes nacionales.—La población se desanima.—El campesino no creyó nunca en el regreso del antiguo régimen.—El país permanece indiferente á los negocios públicos.—Pintura de París, especialmente del Palais-Royal.—La sociedad parisién enerva á los hombres públicos.—Influencia funesta del mundo financiero.—Descomposición de la Gironda.—Individualidades insociables.—Espíritu legista; espíritu escriba; fracciones meridionales.—La autoridad no figura nunca en las fracciones de este partido.—Indecisión; no hay genios de acción.—Vergniaud y la señorita Candelle (Diciembre 22).

Luis XVI era culpable, pero no se tenían pruebas de su culpabilidad. La Francia victoriosa, conquistadora, á cuyos brazos se arrojaba el mundo, ¿qué peligro inmediato podía temer? Indudablemente alguno extraño. ¿La salud pública exigía que se acelerase el proceso del rey y que se le llevara á la muerte?

Si se busca una explicación del ardor y la persistencia que los políticos de entonces mostraron, se encontrará, sin duda, una razón muy fácil en la oposición encarnizada de los partidos de la Convención, su sombría furia de jugadores que apuestan unos y otros su cabeza sobre la cabeza del rey. Pero sería cometer una injusticia con estos acendrados ciudadanos si no se les reconociera que en esta lucha se inspiraron en un sincero patriotismo, creyendo verdaderamente que no podían fundar la nueva sociedad más que aniquilando la sociedad vieja en su principal símbolo. Creyeron en que la muerte de Luis XVI era la vida de la Francia.

Todo el mundo estaba asustado de la desorganización universal. Queríase un gobierno. Los girondinos creyeron no poderlo crear más que con el castigo de las matanzas de Septiembre, los de la Montaña